

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Teorías e historias de los trabajadores en los años setenta en Argentina. Notas sobre los debates recientes entre historiografía y sociología histórica.

Agustín Santella.

Cita:

Agustín Santella (2015). *Teorías e historias de los trabajadores en los años setenta en Argentina. Notas sobre los debates recientes entre historiografía y sociología histórica. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/809>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Teorías e historias de los trabajadores en los años setenta en Argentina. Notas sobre los debates recientes entre historiografía y sociología histórica.

Agustín Santella (Conicet-IIGG/UBA). Email: agustinsantella@gmail.com

Resumen

El estudio de los años setenta vuelve al compás de revisiones políticas del pasado. Aquí haremos referencia a la investigación sobre los trabajadores y movimientos obreros. ¿De qué modo se investiga esta temática en la actualidad? ¿Cuáles son las preguntas que el presente hace al pasado? Nos interesa realizar un sintético estado del arte, en relación con preguntas sobre metodología y paradigmas políticos intelectuales. En particular discutiremos la recepción de algunas obras recientes, preguntándonos cual es la revisión que permite. Para ello, debatiremos la noción de nueva generación provista por Omar Acha, como modo de lectura de la investigación de Federico Lorenz sobre los trabajadores navales de Tigre. Sintomáticamente, la obra de Lorenz es tomada como expresiva de un nuevo enfoque por parte de referentes principales de la historiografía local. Esta discusión nos permitirá ensayar una comprensión de las modificaciones de objeto y sujeto de la investigación, sugiriendo cierta actualización de las teorías de la agencia. Al mismo tiempo, proponemos introducir cierto uso de la sociología histórica a partir del campo historiográfico.

Palabras clave: memoria histórica, trabajadores, historiografía, sociología histórica, teoría social.

Introducción

El estudio de los años setenta se mantiene en el campo historiográfico al compás de revisiones políticas del pasado en el período actual. Aquí haremos referencia a la investigación sobre los trabajadores y movimientos obreros de aquellos años. Nos interesa realizar al mismo tiempo una actualización de los trabajos, en relación con preguntas grandes sobre metodología y paradigmas políticos intelectuales¹.

Acha (2010) realiza una discusión sobre los modos de hacer historiografía de los setenta que constituye un punto de partida y de apoyo para nuestro mapeo crítico. A partir del

¹ Este trabajo surge parcialmente en colaboración con otro ensayo escrito con Rodolfo Laufer, ver Laufer y Santella (2015).

comentario extenso analítico sobre la obra de Pilar Calveiro, Acha traza una conceptualización que permitiría abarcar cambios en la manera que se hace historiografía de aquel período. La noción de memorias y experiencias generacionales permitiría ordenar este campo. La escritura se realiza expresando la experiencia desde donde se escribe la historia. Así, generaciones de los años setenta y ochenta compartieron un marco o un corte marcado la presencia de la violencia política en la sociedad argentina que determinara los distintos puntos de vista, que aunque opuestos compartieron una problemática común. Recientemente, algunos historiadores avizoran otra perspectiva distinta, dando cuenta de un giro generacional en la historiografía entonces. Así, por ejemplo, Acha refiere el trabajo de nuevos investigadores sobre los trabajadores en los 1970. Los estudios de Basualdo y Lorenz permitirían un enfoque no centrado en la presencia de las organizaciones armadas. En cambio, la generación setentista “transmitió una preocupación generacional y grupal, vigorosamente articulada por pertenencias de clase, en la cual el privilegio otorgado a la deriva de las organizaciones armadas tendió a ocluir otras historias, otros actores y otras memorias” (Acha 2010: 13). Respecto de la nueva generación, concluye esta intervención planteando algunas preguntas sobre sus derivas de manera abierta. “Si el paso a las nuevas hornadas es inevitable, ¿Cuál serán sus problemas? ¿Cómo incidirán sus puntos de vista en la reconfiguración del campo de estudios? ¿Qué efectos tendrá la previsible escisión entre experiencia, historia y rememoración, inimaginable para quienes nacieron en los setenta o los ochenta?” (ibid., p. 13).

La intervención de Acha estimula una discusión sobre las condiciones y sentidos de la investigación histórica sobre los trabajadores. Antes, Marina Franco (2005) había presentado esta temática de la práctica historiográfica sobre los 1970. Es interesante señalar que ella también retoma la aportación de Lorenz a la discusión, un autor cuya investigación refiere a los trabajadores en la década. Si Franco acierta en que lo histórico es político, entonces la pregunta central refiere a las maneras en que los historiadores experimentan y aportan a la construcción de lo político en tanto historia. En este sentido, cabe ampliar la encuesta preguntando por el modo en que se reconstituye lo histórico en la investigación y narración sobre los trabajadores en los 1970. De aquí que la insistencia de Franco en el carácter político tenga alguna pertinencia, que aún debe ser profundizada. Si, como todos sabemos, la actividad intelectual e historiadora es política, deberíamos preguntarnos cómo es política, cómo los y las historiadoras hacen política.

Hacer política historiadora no significa que los historiadores cambian el mundo, sino que participan de un contexto presente de significaciones, y en alguna medida ayudan a

constituirlo. Pero esta develación entonces requiere un trabajo analítico sobre el pensamiento político contemporáneo que constituye y es constituido por las narraciones intelectuales. Este análisis específico, y la elaboración de las hipótesis relativas a ello, es una manera de participar políticamente de modo consciente. En nuestra opinión, esta tarea vendría a complementar las intervenciones de Franco y Acha².

Desde esta marcación de origen entonces aquí propondré un nuevo estado del arte sobre trabajadores en los 1970 en Argentina. Los horizontes de la revolución y la democracia articulan las dos fases de los setentismos, que culmina con la crisis hacia fines de los noventa, y el posible origen de nuevas narraciones. Retomaremos los trabajos de Federico Lorenz como emergente, para intentar adivinar componentes políticos que se presentan explícita o implícitamente. El caso Lorenz se nos aparece extremadamente interesante debido a que es tomado como una nueva narrativa desde lugares bastante distintos, por lo menos a primera vista, tales como Franco, Acha, o Lobato y Suriano. Este cruce de lecturas y afirmaciones efectivamente me parece interesante en relación al ejercicio propuesto.

Adelanto brevemente mi posición. Mis investigaciones previas me sitúan en el campo “estructuralista revolucionario” de corte claramente setentista. Sin embargo aquí realizo una revisión del campo a partir de conocimientos y experiencias nuevas que deben ser incorporados críticamente en relación a mis propias producciones pasadas.

La crítica del estructuralismo setentista opone conocimiento a totalidad. La explicación o la comprensión se atienen a mecanismos parciales o narrativas específicas. A su vez lo histórico es contingente, definido crecientemente por los agentes sociales o por las narrativas de lo social. La sociedad es producida por los agentes y sus creaciones no naturales, pero esta creciente agencia se corresponde con una mayor complejidad. Esta comprensión histórico social contingente atraviesa perspectivas muy distintas, intelectual y políticamente, incluyendo a los marxistas o la teoría crítica (ver Bensaid 2013, Martin 2014). Con esto intentamos postular que cierto marco época de comprensión arrastra a los distintos “partidos” intelectuales. En este caso nociones que trajo la ofensiva posmoderna hoy se instalaron en el marco común intelectual. En cierta medida, como sostiene Antonio Negri, hacen al horizonte de historicidad común.

Esta comprensión es acorde con el análisis contingente estructural de la constitución de lo social y lo histórico. Esta enunciación implica maneras distintas de entender el mundo

² Lo político en la historiografía de Acha se encuentra expresado en Martin (2014) pero los puentes programáticos entre historiografía subjetiva psicoanalítica (Acha) y radicalización contemporánea de la teoría crítica (Martin) aún no han sido construidos o mapeados. No obstante, el mismo Acha expone largos pasajes sobre su programática en su cuantiosa obra. En particular, referimos Acha (2012).

respecto a la generación setentista, y que se encuentran difundidas en la crítica contemporánea. Por mi parte, no creo que el pensamiento crítico de la libertad o emancipación, se haya eliminado de la política contemporánea, aunque no se apoye hoy en afirmaciones trascendentales sino en opciones contingentes. El campo de los debates en ciencias sociales se cruza con los horizontes de lo político en la esfera pública. Sus definiciones por parte de los analistas es una tarea compleja que implica una investigación crítica empírica. En este sentido los indicios señalados arriba deberían tomarse como hipótesis que enuncian nuestro punto de partida, la manera en que creemos que se establece el marco histórico de la cultura política en un momento determinado, pero es pasible (o necesitado) de ser sometido a examen.

En el mapeo de los horizontes políticos generacionales, Acha sostiene una particularidad nacional, dada por la violencia política que impregnó la discusión. En este texto prefiero situarnos en una perspectiva internacional. Como punto de apoyo retomaré un ensayo sobre los cambios en las “situaciones problema” en la obra de Charles Tilly. “Las situaciones problema en las ciencias sociales son inherentemente políticas, esto es, prácticas + intelectuales (...) La política contenciosa de Charles Tilly es la ‘Tercera vía’ para hacer ciencia social e histórica comparativo, completada con sus propias teorías, métodos y dominio de búsqueda” (Lichbach 2010: 547). La investigación de Tilly sobre las luchas sociales políticas corrieron los problemas desde el estudio de las revoluciones basadas en las políticas de clase, al estudio de los mecanismos y procesos políticos de contención. El estudio de las revoluciones y la violencia política en los procesos de democratización basados en las clases, desarrollado en los 1960-1970, retomaba la temática abierta por Barrington Moore. Hacia los 1980s Tilly comienza a construir un nuevo programa de estudio de la “política contenciosa”. “Así como los 1960s y 1970s dieron lugar a los 1980s y 1990s, Tilly enfrentó un problema de situación histórico mundial distinto. Los así llamados movimientos de liberación nacional – violentos y radicales, comunistas y anti-Estados Unidos – no ganaron. Y cuando esto sucedió, la política radical no fue más particularmente atractiva” (p. 544). Lichbach sostiene que los cambios en la agenda de la investigación se relacionan con los cambios en las “situaciones problema”, que hacen a los horizontes de perspectivas político intelectuales de las épocas. Sin embargo, en esta agenda de investigación permanece el rol de las luchas populares en la formación de los procesos políticos.

Retomamos la referencia al cambio de las “situaciones problema” para pensar estos cambios en la investigación argentina. La trayectoria de Tilly refleja estos cambios de problemas. El camino se puede resumir como un cambio desde la revolución a la democracia,

como los procesos más significativos histórico mundiales, pero a la vez con el objeto cambia el sujeto de análisis: por un lado el tipo de actores, por otro los métodos teóricos. Hemos mencionado el abandono de las clases sociales como actores principales, según Lichbach, ahora agregamos que en Tilly hay una crítica de su estructuralismo hacia el enfoque “relacional” (Tilly, Tarrow y McAdam 2001). Esta agenda acompaña las maneras de entender el mundo en distintas situaciones históricas. Podemos intentar una síntesis que recupere los cambios en el estudio de Tilly, del siguiente modo. El problema principal en Tilly hace a la relación entre luchas populares y cambios sociales, solo que estos cambios antes eran vistos en el prisma de la revolución mientras que hoy tienden a la democratización. Existen una serie de puntos para discutir en torno de las particularidades de la obra de Tilly, como entiende las revoluciones, el papel de las clases, de las luchas populares. Siguiendo a Lichbach, el punto principal para nuestra discusión argentina es que hacia los años noventa desaparece la revolución como tema central. Esto reconfigura el horizonte de expectativas en el que trabajan las luchas populares. Visto desde el presente hacia el pasado, este horizonte aparecía con cierta claridad, mientras que en el presente se caracteriza por su ambigüedad y fragmentación. Este movimiento en Tilly puede comprenderse en líneas generales dentro del estado de situación más general. Los procesos lineales históricos conducen a la contingencia temporal. Así por ejemplo el extenso estado del arte presentado por Eley y Nield (2010) sobre los estudios de la formación de la clase obrera concluye en una propuesta de síntesis entre Gramsci y Foucault que recoge los aportes del post-estructuralismo.

Esta manera de presentar el estado de situación difiere de otras que fundamentalmente vienen a criticar el abandono de la categoría de clase para la investigación social. Esto se encuentra, por ejemplo, en la introducción al debate por Beverly Silver (2005). Ella resume las tesis de desaparición de la clase obrera y sus luchas. A lo largo de su impresionante investigación empírica de protestas mundiales, la autora no da respuesta al debate de inicio y de hecho propone cambios en la manera de observar las luchas que no están reconocidos. La estructura de la crítica real de la investigación no sigue la discusión del principio. Esto es, la investigación por un lado refuta los trabajos que critica, fundamentalmente haber pronosticado la desaparición de las luchas obreras. Así, Silver muestra grandes olas de luchas obreras en el sistema mundial a lo largo de su historia. Pero lo que se enuncia implícitamente también es una manera de entender los cambios de las luchas que difiere de la teoría que había sido puesta en discusión por los críticos. Silver no restablece la teleología que es criticada por la tesis de adiós al proletariado, sino que parece dejarla de lado también, reformulando entonces el marco teórico.

Para concluir este apartado, en la actualidad hay un marco de entendimiento intelectual que proporciona coordenadas en las ciencias sociales, relacionado con el campo político. Estas coordenadas se orientan contra el esencialismo, trayendo la contingencia estructural y temporal. En el pensamiento político esto proporciona las bases de la naturalización del dominio pero también de la crítica del orden. El pensamiento contingente es usado por las teorías de la sociedad de riesgo así como las teorías de la resistencia o de las luchas contra el orden hegemónico. Sin embargo, mayormente el efecto que ha tenido en los estudios sobre los trabajadores es deconstruir la noción de formación de clase, en tanto formación subjetiva y objetiva en un orden histórico mundial (la misión histórica del proletariado).

El campo de estudios en la Argentina

¿Cómo se ha escrito y se sigue escribiendo sociología e historia de los trabajadores en la Argentina de los setenta? Podemos agrupar las interpretaciones en relación a la extensión a la movilización dentro y fuera del movimiento obrero, en las luchas internas y externas entre las clases, y el grado de participación del conjunto de los trabajadores. En primer lugar, la interpretación más extendida sostiene que estas nuevas luchas de trabajadores estuvieron limitadas a ciertos sectores, pero que además no plantearon una alternativa ideológica clara respecto del sistema social y la hegemonía de las clases dominantes. Hubo entonces el cuestionamiento del modelo sindical corrupto, no democrático, alejado de los problemas del lugar de trabajo. Sin embargo, estos movimientos de base no fueron socialistas, y no desarrollaron una alternativa política (Torre 1990, Brennan y Gordillo 2008, James 1990). Así James afirma que “para la mayor parte de las bases, el rasgo principal del nuevo movimiento no residía en la teoría del “sindicalismo de liberación” ni en la meta de la sociedad socialista, sino más bien en una combatividad del sindicato y en una “dirección honesta” que se tradujeran en cambios reales en la vida de trabajo” (p. 308). James afirma también que la adhesión de las bases a los dirigentes clasistas y combativos se debía a la honestidad antes que a los factores ideológicos. En este contexto, “la reaparición de una opción creíble para la clase trabajadora, opción encarnada por el resurgimiento de la actividad política peronista, y el posible retorno del propio Perón, expusieron bien a las claras los límites de la radicalización política” (op. cit., p. 311). Esto condujo a que la izquierda, tanto peronista como no peronista, se encontrara aislada dentro de la clase obrera. “Oponerse a la línea económica del gobierno peronista significaba un desafío político, y si bien los trabajadores hubieran estado dispuestos a seguir a los dirigentes de izquierda en el terreno estrictamente económico, esa actitud nunca

se hubiera traducido en una transformación de sus convicciones peronistas” (p. 325). En esta línea, la investigación de María Cecilia Cangiano (1996) sobre las luchas metalúrgicas de Villa Constitución afirma que el “sentido revolucionario” de las mismas residía en la búsqueda de la democracia sindical y el componente de clase que le diera sentido a través del peronismo, esto es, de un modo laborista. La autora se diferencia metodológicamente de Brennan al introducir la dimensión subjetiva de la experiencia, buscando la manera en que los trabajadores experimentan sus prácticas sociales y de lucha, en una crítica a la sociología objetiva del trabajo. Sin embargo, comparten las conclusiones fundamentales en torno de los significados que tuvieron las luchas obreras en una perspectiva histórica, que refieren a la democracia sindical y al contenido reformista enmarcado en el peronismo laborista.

Por otro lado, las interpretaciones asociadas a la teoría marxista sostienen grosso modo una mayor radicalización social y política en la clase obrera. Pero aquí diferenciamos dos posiciones. La primera muestra una actividad intensa de las bases sindicales en contra de los dirigentes burocráticos, en un continuo de luchas económicas. Aunque no se pueda afirmar que estas luchas económicas representan propuestas políticas alternativas, de algún modo se relacionan con la militancia de izquierdas o formaciones políticas combativas (Schneider 2005, Gilly 1980, Werner y Aguirre 2007). Una síntesis posterior de estos trabajos que iluminan el sesgo interpretativo la ofrece Christian Castillo cuando afirma que “la importancia de esta visión es que da fundamento al hecho de que la Argentina vivió entre 1969 y 1976 un verdadero *proceso revolucionario*, no reductible a la acción de las organizaciones guerrilleras, que tuvo a la clase obrera como principal protagonista” (Castillo 2004: 84, cursivas en el original).

Sobre la base de una etapa de radicalización social, otros autores postulan que no hay una contraposición clara entre bases y burocracias sindicales, sino que el corte analítico se sitúa en la lucha entre dos fuerzas sociales dentro de la clase obrera, con sus bases y direcciones respectivas. Sin embargo, estas investigaciones parten de un cuestionamiento económico pero también político e ideológico de una fracción significativa de la clase obrera en alianza con partes de las clases medias (Marín 2000, Balvé et al 1973, Iñigo Carrera et al 2006, Izaguirre 2009). Esta perspectiva postula que un segmento significativo de la clase obrera y sectores populares constituyeron una fuerza social revolucionario en la práctica de las luchas sociales. Aquí el carácter revolucionario de las luchas se define como una práctica objetiva de enfrentamiento entre fuerzas sociales, no siempre rastreable por el discurso o las formas de conciencia subjetiva de los actores de tales prácticas. La distancia entre conciencia subjetiva y práctica objetiva del enfrentamiento es una clave analítica para comprender el pasaje que la

lucha de clases del período tomaría hacia una “guerra civil” entre fracciones sociales. “De tal modo, en la frontalidad que implican los diferentes intereses sociales es que toma lugar la lucha armada; por supuesto, sagaz y hábilmente encubierta por la capacidad que aún mantenían y mantienen, las formaciones ideológicas de la burguesía en los sectores populares. Pero es ante la incipiente crisis embrionaria de esa hegemonía ideológica que el proceso de los hechos armados toma una celeridad y un dramatismo, que hacen comprensible su intensidad en manos del enemigo” (Marin 2000: 83).

Un corte en el mapa de las interpretaciones puede establecerse a partir del momento en que se escribe que se relaciona con la perspectiva general. Así, la producción desde los setenta enfatiza el carácter revolucionario de la situación histórica, y por tanto de la práctica de los actores mismos. Poco después, en otro clima general, desde los ochenta se cambia de perspectiva. El horizonte democrático, ya no el revolucionario, establece los marcos de lo progresivo, o de sentido, en las fuerzas históricas. Entonces se discutirán los contenidos concretos de la acción obrera estableciendo una discusión empírica. ¿Cuál es el carácter del clasismo sindical, democrático laboral o clasista revolucionario? ¿Es cierto entonces que el carácter de las luchas obreras era anticapitalista y antiburocrático o se contentaba en los marcos de un nacionalismo reformista en el seno del peronismo o en la democracia interna de los sindicatos?

A la par de esta apretada síntesis podremos incluir trabajos más recientes de tipo historiográfico que intentan evadir los marcos interpretativos anteriores situando el punto de vista de los trabajadores por fuera de construcciones de sentido externas a sus prácticas. Exponente de esta postura sería Lorenz (2007) quien narra las luchas de los trabajadores navales de Tigre en los años del último gobierno peronista. Lorenz apunta críticamente a que la historia de los trabajadores ha sido escrita por las clases medias, que los términos de su propia experiencia no han sido establecidos por los trabajadores mismos. Esta perspectiva, en principio continuadora del enfoque de la “experiencia” anterior, al situarse en un nivel de análisis micro-histórico. Lorenz se pregunta cómo las personas se agrupan y establecen sentidos colectivos. En contraste, la significación subjetiva en los estudios anteriores se construyen en el contexto de relaciones holísticas en el plano de las opciones políticas de su momento. Cierta problema acerca de la externalidad del sentido construido sobre las acciones colectivas de los trabajadores es planteado aquí por Lorenz. Su trabajo sugiere que las interpretaciones han sido externas a la narración de los actores mismos. “Allí se pretende, sobre todo, armar un relato de los vínculos que los hombres construyeron sobre la base de la vivencia de sus relaciones, teniendo en cuenta el peso de las motivaciones afectivas en las

conductas políticas, la carga subjetiva en la toma de decisiones que, en muchos casos, se transformaron en opciones de vida o muerte” (Lobato 2007). En el mismo sentido ver Basualdo y Lorenz (2012) y Basualdo (2011).

Como decíamos, desde distintos comentaristas se observa en el trabajo de Lorenz el adelanto de una nueva narrativa, así en Acha 2010, Lobato y Suriano 2007 o antes Franco 2005. Para Omar Acha se trata de un autor que no escribe desde su memoria directa de la situación, sino que pertenece a una nueva generación, abierta a nuevas preguntas e ideas. Para Mirta Lobato y Juan Suriano, como hemos citado, se encuentran nuevas indagaciones que hacen a la subjetividad. Marina Franco destaca en contraste el peso de lo político en las narrativas. El contraste reside en la tendencia a considerar de un modo ambiguo la politicidad de los relatos en los comentarios anteriormente mencionados. Más en particular Franco convoca a debatir el lugar de los historiadores, retomando la defensa de una ética en el trabajo historiográfico por parte de Lorenz. A partir de los comentarios, queda una pregunta abierta por el contenido de la narrativa de Lorenz, sus implicaciones metódicas y políticas. Algunas notas destacadas son realizadas por el autor cuando sostiene que una historia de los trabajadores debe dar voz a ellos mismos, valorar sus experiencias a partir de sus propios términos, y no por representaciones externas, escritas por intelectuales generalmente de clases medias. La idea que se sugiere aquí es una crítica al “elitismo y vanguardismo” de estos relatos, más preocupados por los proyectos políticos definidos desde afuera de los trabajadores. Este vanguardismo a su vez tiende a negar las experiencias obreras políticamente diversas, cuando por ejemplo se rechaza como burocracia sindical las alternativas no revolucionarias en el movimiento obrero (ver Lorenz 2005).

Sin embargo, en una lectura atenta de las intervenciones de Lorenz encontramos que una ética historiadora pasa por la empatía narrativa con los sujetos de la experiencia, los trabajadores, escapando otra fundamentación posible. Esta posición es coherente con la crítica de vanguardismos. Pero nos preguntamos si es posible evadir una reflexión sobre el modo en que el historiador construye teóricamente el relato, y sobre los marcos históricos y políticos de estas construcciones. Siguiendo esta crítica entonces a Lorenz podría encontrarse una suerte de populismo que rechaza los vanguardismos y las conciencias desde afuera, formulado en términos del debate clásico en el socialismo. Si esto es así, el relato de Lorenz refleja un giro importante en la historiografía desde los noventa hacia una deconstrucción de la significación política global, que acompaña la desilusión de los sentidos políticos de la historia. Este giro es evidente en los trabajos de Daniel James, desde su *Resistencia e integración* (1988) a *Doña María* (2000).

Llegados a este punto entramos en un momento especialmente polémico. ¿Por qué un relato como el de Lorenz es “de los trabajadores” en contraste con los demás? ¿En que reside esta interioridad o expresividad? Por lo dicho, residiría en el hecho que el historiador recoge el propio discurso emitido por los trabajadores, pero también en que se preocupa por indagar sus actividades reales sociales y privadas, no meramente políticas, esto es ampliando el radio de indagación respecto de la historia política. En este camino nos acercamos a la escritura de la historia como memoria de las identidades. La política de las identidades ha buscado la reconstrucción de memorias de sujetos como sujetos particulares, o el registro de su experiencia. Como respuesta a las teleologías o esencialismos, esta orientación ofrece un acercamiento a la experiencia real, la cual se asocia políticamente a cierto populismo, como sugeríamos. Ya no son los historiadores, en nombre de la teoría, quienes representan a los trabajadores. También acuerdo con aquella observación de Lorenz que advierte contra la ceguera política al conjunto de opciones políticas que los trabajadores puedan tomar, las cuales usualmente no adoptan la forma “burguesa” o “burocrática”. Que esto ocurra no quita que son parte de la experiencia obrera, una experiencia colectiva, no una “falsa conciencia”. La problemática de la “falsa conciencia” es un obstáculo para la indagación histórica de la experiencia de clase.

Empero, cabe aquí señalar que en el marco de experiencias de clase o categoriales específicas, y en este sentido particulares, sigue siendo legítima a la luz de cierta perspectiva teórica la búsqueda por narraciones y explicaciones en las que las subjetividades populares contribuyan a la producción, reproducción y cambio de lo social-político. Esta perspectiva implica una postura crítica con la construcción del objeto investigativo, y pone a los investigadores en una relación de conocimiento, como actores en el proceso, en un lugar específico. Seguramente aquí resida la diferencia entre historiografía y sociología histórica o ciencia histórica social. La primera produce relatos en aparente ausencia de teorías mientras que la segunda se sirve de la historiografía para reformular constantemente la conceptualización del orden y cambio de las relaciones sociales.

Conclusiones

En este ensayo hemos recorrido varios temas íntimamente ligados por dos preguntas. La primera se pregunta sobre los cambios de “paradigma” intelectual y políticos desde los años setenta en el mundo. La segunda es sobre las líneas de interpretación principales sobre la historia obrera de los años 1970 en Argentina. Entendemos que hubo cambios intelectuales

generacionales y epocales que se expresan en las líneas interpretativas historiográficas. Esto es más contrastante con las investigaciones recientes. La discusión final recae en el comentario crítico de la investigación de Federico Lorenz, al constatar que diversos historiadores rescatan su trabajo como representativo de una nueva narrativa. Mi crítica principal refiere a la distinción entre historiografía y ciencia histórica social, en particular al papel de la teoría en la construcción de conocimiento. Notamos que esta narrativa emergente se sostiene como historiografía sin teoría. Los argumentos políticos por Lorenz quizá puedan relacionarse con cierta opción populista, que rescata la voz y la experiencia narrativa propia de los actores trabajadores. Este movimiento se nota también en el último James (2000), una referencia principal en historia obrera argentina.

Hemos señalado que nos parecía que este giro puede ser criticado en dos sentidos. El primero metódico analítico sostendría que no hay conocimiento social sin el papel crítico de la teoría. Aquí deberíamos aclarar que entendemos este papel de modo reflexivo. Esto quiere decir que entendemos la teoría como construcción histórica particular, embebida en sus tiempos de producción. A la vez que debe sostenerse en la “práctica de archivo”, en el lenguaje de los historiadores. La investigación es fundamental es la construcción de teoría, no puede excluirse de su proceso. Esto significa que el objetivo de la investigación no es probar la teoría sino participar de su proceso.

El segundo aspecto es político intelectual. La teoría construida, entendida reflexivamente, puede mirarse como práctica de participación política, al mismo nivel que lo hacen los actores investigados. Como actores, ambos participan de la construcción del mundo histórico social. Desde este punto de vista, no hay experiencia real directa y única de sujetos estudiados por fuera del conflicto político que implica esta práctica. Este conflicto es una relación que se expresa en el debate teórico. La idea de reflexividad puede ayudar a los analistas sociales para situarse y situar su perspectiva en una escala más amplia.

Para concluir respecto de la agenda de investigación, mi defensa de la teoría y la política implica el reconocimiento de la “situación problema” históricos, como hemos comentado respecto de Tilly y Silver. Retomando la observación sobre el libro de Beverly Silver, señalaba críticamente que en el mismo hay una defensa renovada del papel de las luchas colectivas de los trabajadores en el cambio social. Este cambio social no descansa en leyes, ni transformaciones en sentidos determinados, sino más bien en situaciones con marcos estructurales de fuerzas, pero abiertas en diversas direcciones. Esta apertura que se prolonga a las distintas temporalidades (quiero decir vale para hacer historia del pasado) puede combinar con aspectos no analizados pero que surgen de la narrativa de Lorenz. El populismo aquí no

es peyorativo, es indicativo de una toma de partido por ciertos actores y no otros (por las clases subalternas, no las dominantes; por los trabajadores, no las burocracias políticas sean sindicales o revolucionarias), es indicativo además de la empatía. Este populismo era reivindicado por los historiadores sociales ingleses, antes que por cierta corriente actual de la teoría política basada en Laclau. Esto no contradice las teorías de la agencia históricamente basadas a la usanza de la sociología histórica crítica.

Referencias bibliográficas

Acha, Omar (2010), “Encrucijadas y obstinaciones en la distinción entre historia y memoria: en torno de las prácticas memoriográficas en la Argentina”, ponencia.

Acha, Omar (2012), *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires, Herramienta.

Balvé, Beatriz y Balvé, Beba (1989), *El 69. Huelga política de masas*, Buenos Aires, Contrapunto.

Balvé, Beba et. al, (2006), *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)*, Buenos Aires, RyR.

Basualdo, Victoria, Coordinadora (2011), *La clase trabajadora argentina en el siglo XX: experiencias de lucha y organización*, Buenos Aires, Cara o ceca.

Basualdo, Victoria y Lorenz, Federico (2012), “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70: propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparado de casos”, *Páginas. Revista digital de la Escuela de historia*, no. 6.

Bensaid, Daniel (2013), *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*, Buenos Aires, Herramienta.

Brennan, James y Gordillo, Mónica (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización*, La Plata, ediciones de La campana.

Cangiano, María Cecilia (1996), “What it did mean to be revolutionary? Peronism, clasismo and the steel workers of Villa Constitución, Argentina 1945-1995”, Phd thesis, SUNY, New York.

Castillo, Christian (2004), “Elementos para un “cuarto relato” sobre el proceso revolucionario de los setenta y la dictadura militar”, *Lucha de clases*, no. 4, segunda época.

Eley, Geoff y Nield, Keith (2010), *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV.

Franco, Marina (2005), "Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años 70", *Nuevo topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, no. 1.

Gilly, Adolfo (1990), "La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores)", en Pablo González Casanova compilador, *El Estado en América Latina: teoría y práctica*, México, Siglo XXI.

Iñigo Carrera, Nicolás; Grau, María Isabel y Martí, Analía (2006), *Agustín Tosco. La clase revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

Izaguirre, Inés, directora (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*, Buenos Aires, EUDEBA.

James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana (original 1988).

James, Daniel (2004), *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial (original 2000).

Laufer, Rodolfo, y Santella, Agustín (2015), "Resistencias, luchas y alternativas obreras en la Argentina 1966-1976", en *El Pensamiento Alternativo en la Argentina Contemporánea*, vol. III, Hugo Biagini y Arturo Roig directores, Editorial Biblos (en prensa).

Lichbach, Mark (2010), "Charles Tilly's problem situations: from class and revolutions to mechanisms and contentious politics", *Perspectives on politics*, vol. 8, no.2.

Lobato, Mirta y Suriano, Juan (2007), "Problemas e interrogantes en la historia de los trabajadores", *Estudios del trabajo*, no. 32.

Lorenz, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre*, Buenos Aires, Norma.

Lorenz, Federico (2005), "Pensar los setenta desde los trabajadores", *Políticas de la memoria*, verano 2004/2005.

Marín, Juan Carlos (2000), *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, La Rosa Blindada.

Martín, Facundo Nahuel (2014), *Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad*, Buenos Aires, El colectivo.

Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Silver, Beverly (2005), *Fuerzas del trabajo*, Madrid, Akal.

Tilly, Charles; Tarrow, Sidney y McAdam, Doug (2001), *Dynamics of contention*, Cambridge, CUP.

Torre, Juan Carlos (1990), *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL.

Werner y Aguirre (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, IPS.